

PRESENCIA DE RAFAEL HELIODORO VALLE EN LA POLÍTICA DE HONDURAS

*A la memoria de Rafael Heliodoro Valle
en el cincuentenario de su fallecimiento, 1959-2009*

María de los Ángeles Chapa Bezanilla*

Resumen / Abstract. The Presence of Rafael Heliodoro Valle in Honduran Politics.

Palabras clave: Centroamérica, Honduras, política, Rafael Heliodoro Valle.

Constantes golpes de Estado, guerras civiles, dictadores perpetuados en el poder, inestabilidad política y lucha incesante entre partidos políticos han sido actividades propias de la historia presidencial de Honduras, desde el rompimiento de la Federación Centroamericana en 1838 hasta nuestros días. Como parte del proceso emprendido por los hondureños para lograr la paz y el equilibrio político, económico y social, desempeñaron un papel decisivo las acciones de prominentes intelectuales hondureños de la primera mitad del siglo xx, destacando por su labor a favor de Centroamérica y de su tierra natal el historiador, literato y bibliógrafo Rafael Heliodoro Valle. / Frequent coups d'état, civil wars, dictators perpetually in power, politic instability and incessant fighting between political parties have been regular activities of the presidential history of Honduras, since the dissolution of the Central American Federation in 1838 until present times. Actions by prominent intellectual Hondurans from the first half of the 20th Century played out a decisive part of the process undergone by the people of Honduras to achieve peace and political, economic and social equilibrium; Rafael Heliodoro Valle, historian, author and bibliographer stood out for his work in favor of Central America and his homeland.

CONSIDERACIONES HISTÓRICAS



a historia presidencial hondureña y el traspaso del poder han tenido como actores principales a las guerras civiles. Estos conflictos han determinado el curso mismo de la política, especialmente la llegada al poder y la caída de los jefes de Estado. Poco después del rompimiento de la Federación Centroamericana (1824-1838), Honduras se embarcó en una historia de inestabilidad económica y polí-

* Doctora en historia de México, investigadora del Instituto de Investigaciones Bibliográficas.

tica. Sin instituciones nacionales o partidos políticos establecidos, líderes locales pertenecientes a facciones regionales lucharon por dominar el panorama político. Lamentablemente, ningún acuerdo general había logrado establecer una constitución para gobernar a los hondureños, y las constantes amenazas de invasión por parte de los países vecinos, cuyos líderes políticos encontraban aliados en distintas facciones de la política hondureña, hacían de la paz y la estabilidad algo difícil de alcanzar.

Las décadas posteriores a 1850 fueron de gran conmoción en Centroamérica. Las alianzas políticas y económicas entre grupos liberales y conservadores que se establecieron durante la Federación Centroamericana siguieron excediendo las fronteras nacionales. El fracaso del liberalismo y de sus esfuerzos por crear una unión de Estados dejó un clima de constante agitación y confusión, además de que el personalismo político ofrecía pocas esperanzas de construir organizaciones nacionales coherentes.

Durante las décadas de 1880 y 1890, los esfuerzos de gobiernos liberales permitieron iniciar la cimentación de las economías de sus países, redactar las constituciones y dar un poco de orden y dirección a la organización política en Centroamérica, no así en Honduras, donde la escasez de buena tierra, el localismo preponderante y el aislamiento con respecto a los mercados mundiales inhibió los esfuerzos nacionales de integración durante el siglo XIX. Aquí tampoco surgió una clase gobernante unificada y coherente que promoviera o se beneficiara con una economía de exportación en expansión a finales de dicha centuria o inicios de la siguiente.

El desarrollo económico de Honduras salió adelante sin una clase empresarial bien establecida, capaz de controlar el aparato gubernamental de la nación. El esfuerzo para promover una infraestructura que permitiera el desarrollo y la adquisición de riquezas se enfocó en la venta de grandes extensiones de tierra, bajo la forma de concesiones a empresarios extranjeros, con el fin de construir ferrocarriles, minas y consolidar intereses bananeros. Este proceso en la economía fue producto del trabajo de una generación de liberales hondureños de la década de 1870, provenientes de una emergente burguesía, que realizaron serios esfuerzos para desarrollar la industria, la agricultura y el comercio con base en los principios para el desarrollo económico prevaleciente en Europa occidental, Estados Unidos y México.

A partir de 1870, los regímenes liberales emergieron en Centroamérica; en Honduras surgió uno liderado por el abogado Marco Aurelio Soto (1876-1883).¹ Junto con los liberales hondureños, redactaron dos constituciones —una en 1880 y otra en 1894—, escribieron códigos civiles y comerciales, establecieron la educación pública obligatoria, decretaron la separación de la Iglesia y el Estado (secularizando la propiedad de la iglesia católica) y pusieron tierras públicas a disposición de la propiedad privada; sin embargo, no fue sino hasta la década de 1890 cuando los rudimentos de un partido liberal hondureño organizado tomaron forma. Sus principios básicos surgieron de las doctrinas de la revolución francesa y de la Constitución de Estados Unidos, con preceptos teóricos aceptables pero de poca aplicación práctica en la política hondureña. En general se apoyaba, además de la separación de la Iglesia y el Estado, en la Unión Centroamericana, el progreso económico basado en una política fiscal sensata, la adherencia rigurosa a una constitución escrita y el recurso de la revolución, en caso de que las elecciones no continuasen siendo realizadas. Un objetivo global era estimular la inversión nacional y extranjera a través de la formulación de códigos que regularan el comercio y promovieran la inversión en el rubro minero.

Los puertos y las ciudades de la costa norte se convirtieron en centros de fomento del comercio con el Caribe y Estados Unidos. Sus economías estaban casi exclusivamente ligadas al negocio del banano; la población de estos centros urbanos norteños creció con la inmigración interna a gran escala, estimulada por el trabajo. Mientras la economía de la costa norte se expandía y prosperaba gracias a la exportación de bananos, Tegucigalpa, la capital política ubicada al sur, languidecía con una tesorería vacía y cambios constantes en el gobierno. Dos condiciones dominaban el panorama político del país: guerras fratricidas entre caudillos e inhabilidad de los gobiernos para mantener la paz y el orden.

¹ Nació en Tegucigalpa el 13 de noviembre de 1846. Graduado como abogado en Guatemala, fue funcionario en ese país y apoyó el Movimiento Reformista iniciado en 1871 por Justo Rufino Barrios. En Honduras asumió el gobierno provisional a mediados de 1876 y fue presidente constitucional durante dos periodos consecutivos, entre el 30 de mayo de 1877 y el 29 de mayo de 1883, fecha en que encargó el poder al Consejo de Ministros.

Reconocidos periodistas y escritores lamentaban la incapacidad del país para modernizarse y crear un gobierno central fuerte. Atribuían estas insuficiencias principalmente a la falta de liderazgo político; además, culpaban a políticos oportunistas que encabezaban milicias y conducían guerras para tomar el poder en su propio beneficio e interés. No surgieron partidos políticos con objetivos nacionales sino hasta finales del siglo XIX; las elecciones y los periodos presidenciales se resolvían primordialmente a través del machetismo y el uso de la fuerza. A falta de una oligarquía bien establecida en Honduras, apoyada en una economía de venta al contado y exportación de sus cosechas, los asuntos públicos quedaban en manos de personajes locales ambiciosos.

Desde la década de 1890 hasta la segunda década del siglo XX, la política hondureña estuvo marcada por las guerras civiles entre caudillos, líderes de facciones que buscaban obtener el control del gobierno a través de un sistema de saqueo. Los conflictos políticos armados continuaron durante ese siglo, en lugar de las elecciones programadas regularmente, como prescribía la Constitución. En general, las familias que tenían propiedades en el interior se identificaban con la política de sus propios lugares; con sus recursos económicos establecían milicias para garantizar la seguridad local y hacer la guerra a los intereses opuestos en cualquier parte.

Los primeros líderes políticos en crear algo parecido a un partido liberal organizado, con base ideológica y organización nacional, fueron los presidentes Celeo Arias (1872-1874), también abogado, y Marco Aurelio Soto (1876-1883). Inclusive posteriores dignatarios como Policarpo Bonilla (1894-1899), abogado; Juan Ángel Arias (feb.-mar. 1903); el coronel de brigada Manuel Bonilla (1903-1907, 1911-1913); Miguel Dávila (1907-1911), abogado y notario; el doctor Francisco Bertrand (1911-1912, 1913-1915) y el general Rafael López Gutiérrez (1920-1924), al no existir una estructura ideológica fuerte en el Partido Liberal, dieron continuidad a la política tradicional hondureña encabezando movimientos bajo sus propios nombres, más que a nombre de los partidos.

La fortuna política dependía de la lealtad de las personas; la selección de un líder se hacía con base en quién podría proveer cargos públicos en el ámbito nacional, y repartir beneficios localmente. Sin embargo, algunos de ellos, en un esfuerzo por terminar con esa costumbre, al igual que los liberales del siglo XIX, pusieron gran énfasis en integrar regiones que habían

sido abandonadas durante muchos años a los intereses de políticos locales. En el caso de Miguel Dávila, su meta era gobernar eficientemente toda Honduras desde Tegucigalpa, con especial atención en las áreas del país que habían caído en el caos político y en el desorden fiscal.

Ningún líder de la primera década del siglo xx pudo formar un partido nacional fuerte ni crear una plataforma para gobernar. Los liberales eran aún una colección de facciones que seguía a un político. La unidad de un partido duraba sólo mientras una persona pudiera inducir el respeto de sus seguidores. Los líderes políticos hondureños también buscaron apoyo militar, financiero y político en países vecinos como Nicaragua, El Salvador y Guatemala, al igual que en las compañías bananeras establecidas en Honduras. Ejercer poder político y completar un periodo presidencial era algo que eludía la mayoría de los presidentes.

El Partido Liberal, creado en 1891, vio la oportunidad de redefinir sus metas frente a las de sus precursores del siglo xix. Nuevos líderes, como Ángel Zúñiga Huete,² incorporaron más rasgos radicales a la plataforma partidaria, apelando al final de los monopolios mineros, las limitaciones de las concesiones estatales de tierras a individuos y compañías, tanto extranjeras como nacionales, y la socialización de la tierra y el trabajo.

² Conocido como "El León del Liberalismo", José Ángel Zúñiga Huete fue, además de un recio político, un brillante escritor. Nació en la población de San Antonio de Oriente, en el Valle de Yeguaré, Honduras, el 4 de junio de 1885. Su temperamento y pasión política se despertaron a muy temprana edad; a los 17 años se alistó en los cuadros de la juventud liberal, acompañando al doctor Juan Ángel Arias, que buscaba la Presidencia de la República. Al fracasar el proyecto político del doctor Arias, tuvo que emigrar a Guatemala. En 1909 ingresó a la Escuela de Derecho de la Universidad Nacional de Honduras y en 1913 comenzó a bregar con energía en la política hondureña, como adversario del gobierno del presidente doctor Francisco Bertrand, por ello fue extraditado a Costa Rica, en donde terminó sus estudios de Derecho. En 1918 regresó a Honduras para apoyar la candidatura del general Rafael López Gutiérrez. Su recia personalidad lo convirtió en hombre clave del Partido Liberal, llegando a ocupar los cargos de ministro de Gobernación y comandante de Armas de Tegucigalpa. En 1931 la convención liberal lo proclamó candidato presidencial, enfrentándolo al del Partido Nacional, Tiburcio Carías Andino. Al conocerse la victoria de Carías Andino, Zúñiga Huete viajó a México, donde radicó 16 años y mantuvo, en el exilio, el liderazgo del Partido Liberal; retornó a Honduras en 1948, cuando su partido volvió a postularlo para la Presidencia. Al triunfo del doctor Gálvez, y por temor a ser apresado, regresó a México, en donde murió en abril de 1953.

El Partido Liberal adoptó como ejemplo la revolución mexicana, y un modelo de nacionalismo mediante la creación de monopolios estatales para administrar la economía del país. Personas como Zúñiga Huete apoyaron los movimientos antiyanquis en Centroamérica, por ejemplo el de Nicaragua, encabezado por Augusto César Sandino, opuesto a la intervención militar de Estados Unidos en ese país (1927-1933).

En 1919 emerge el Partido Nacional Democrático, en oposición al plan del presidente Rafael López Gutiérrez (1920-1924), para extender su periodo en 1924. Entre 1920 y 1923 se reorganizó en el denominado Partido Nacional, cuyos miembros provenían principalmente del antiguo Partido Liberal Constitucional, al que pertenecía el presidente en turno, Francisco Bertrand.

La nueva organización era conservadora en lo que respecta a los asuntos sociales y económicos, y estaba interesada principalmente en reformar las finanzas del Estado y alentar la inversión extranjera. Reflejaba también muchas de las aspiraciones de una generación de hondureños, cansados de las guerras civiles que habían trastornado la economía y la administración real del gobierno.

Algunos miembros sobresalientes del Partido Nacional Democrático, entre ellos el general Tiburcio Carías Andino,³ con influencia en los asuntos públicos, hicieron hincapié una vez más en la permanencia de una agenda nacional para lograr un constante progreso económico. La

³ Nació en Tegucigalpa el 15 de marzo de 1876. Calixto, su padre, era un negociante de Zambrano, pequeño pueblo a unos 35 kilómetros al noroeste de la capital. Generalmente, las familias que tenían propiedades en el interior se identificaban con la política de sus propios lugares; con sus recursos económicos establecían milicias para garantizar la seguridad local y para hacer la guerra a los intereses opuestos en cualquier parte. Como en la mayoría de los países centroamericanos, el linaje de la familia Carías, junto con su tenencia de tierras, determinaba su estatus social. Alrededor de 1894 permaneció en Tegucigalpa, con objeto de recibir educación formal; al terminar su instrucción secundaria ingresó a la Universidad Central para estudiar leyes; enriqueció sus conocimientos en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Políticas, donde recibió su título en 1898. Antes de llegar a los 20 años ya había entrado en la política de las guerras civiles de Honduras; cada vez más activo en la política, pasaba mucho tiempo en la finca de su padre, planeando campañas militares y tramando estrategias electorales. Gobernó de manera dictatorial a Honduras desde 1933 a 1949, periodo de gobierno más extenso en toda la historia del país. Murió en Tegucigalpa en 1969, después de permanecer activo y con influencia en los asuntos del Partido Nacional.

restitución del nacionalismo y la unidad para terminar con la política del combate fueron el tema central y las acciones del Partido Nacional Democrático.

A la muerte del doctor Alberto Membreño en 1921, uno de los fundadores del partido, Carías Andino, asumió el liderazgo de la organización. Su ascenso en el Partido Nacional Democrático fue en parte apoyado por periodistas que habían escrito sobre su desarrollo administrativo, talento que consideraban necesario para competir en la arena política.⁴ Escritores hondureños como Froylán Turcios (1877-1943) y Rafael Heliodoro Valle (1891-1959) se sumaron a las opiniones externadas por los periodistas, deplorando la corrupción, las guerras civiles y la anarquía que plagaba al país en los años veinte.

Cuando Tiburcio Carías Andino asumió el liderazgo del Partido Nacional Democrático, al cual denominó Partido Nacional en 1922, estableció su cuartel general en Tegucigalpa, llamándolo Club Trinidad Cabañas, en honor al presidente liberal cuya gestión abarcó de 1852 a 1855. El periodista Paulino Valladares creó la estructura administrativa del partido en la capital, con su red de reporteros y periódicos en San Pedro Sula, Puerto Cortés y Tela, estableciendo clubes en dichas ciudades. A partir de esos centros urbanos regionales, se fundaron sedes en departamentos, municipios y ciudades, al frente de las cuales Carías nombró a políticos locales que había conocido como comandante de Armas y jefe político en varios departamentos durante las dos primeras décadas del siglo xx.

De 1920 a 1924 Carías Andino ocupó parte de su tiempo en planear y organizar la construcción del partido; a partir de entonces aparece en sus funciones de campaña para las elecciones presidenciales de 1924. En abril de 1923 fue elegido por el Comité Central del Partido Nacional

⁴ Uno de sus líderes era Paulino Valladares, quien sirvió en la Asamblea Legislativa (1908) y fue secretario privado del presidente del Partido Liberal, Miguel Dávila. Fundó *La Prensa* en Tegucigalpa, y luego fue editor de *El Cronista*, en la misma ciudad. Otro periodista, Carlos Izaguirre, una flamante figura con gustos eclécticos, se convertiría en uno de los confidentes de Carías Andino. Siempre llevaba consigo un arma, la Biblia y una novela. Fundó varios periódicos: *El Esfuerzo* (1917), *La Voz del Sur* (1918) y *Alba Nueva* (1919), todos en el departamento de Choluteca, así como *El Marino* y *El Debate*, en Puerto Cortés (1921) y *La Voz de Trujillo* (1932), en Colón.

como su candidato a la Presidencia, con Miguel Paz Barahona como vicepresidente. El Partido Liberal lanzó al mismo tiempo su campaña presidencial, apoyando a los señores Juan Ángel Arias y Policarpo Bonilla.

Una crisis constitucional amenazaba la campaña electoral de 1924. Cuando los candidatos presidenciales eran incapaces de alcanzar una mayoría absoluta de votos en las elecciones, por ley el Congreso se veía en la obligación de elegir al presidente. La campaña presidencial se había convertido en una amarga contienda, pues aunque Carías debía viajar para hacer proselitismo por un país que contaba con menos de 500 kilómetros de carreteras, dejó esta tarea al candidato a la Vicepresidencia Miguel Paz Barahona quien, reconocido por sus excelentes dotes como orador, pronunció una gran cantidad de discursos en el campo y las aldeas. Carías, mientras tanto, permitió que sus aliados políticos hicieran la campaña por él, solos en sus departamentos, estrategia que sostuvo a lo largo de toda su carrera política.

Las elecciones tuvieron lugar en el otoño de 1923, pero ningún candidato obtuvo el número de votos necesario para la mayoría absoluta. En diciembre el presidente Rafael López Gutiérrez declaró estado de sitio, suspendió la Constitución y anunció que seguiría en el poder, para mantener la paz. Carías Andino no veía otra alternativa que no fueran las armas, y evitar de esa manera que el gobernante en turno extendiera su mandato más allá de 1924. Proclamando su victoria electoral al haber obtenido la cifra más alta de votos (49,591), aunque le faltaron 3,181 para obtener el número requerido para la mayoría absoluta, aprovechó los sentimientos de descontento de los líderes liberales departamentales, que lamentaban la táctica despótica de López Gutiérrez, y les ofreció apoyo poco después de que éste extendiera su mandato.

Cuando en febrero de 1924 comenzaron las hostilidades, se volvió evidente que López Gutiérrez no podría mantener la lealtad de su partido en muchos departamentos del interior y, a pesar de que algunos liberales desafiaron su autoridad al declarar estado de sitio, tampoco estaban preparados para ofrecerle apoyo incondicional a Carías. La situación de parálisis del gobierno en turno puso en alerta al secretario de Estado de Estados Unidos, Evan Hughes, quien envió a Sumner Welles como representante especial, así como a los *marines*, para proteger la propiedad estadounidense en la costa norte y poner fin a la guerra civil.

El Tratado de Paz de Washington (1923), negociado bajo la égida de Estados Unidos, reconoció el derecho de los países de Centroamérica de negarse a reconocer cualquier régimen que se impusiera mediante un golpe de Estado. Representantes de las fuerzas contendientes mandaron delegados hacia Amapala, puerto sureño de Honduras, para una conferencia en el barco *Milwaukee*, propiedad de Estados Unidos. El 3 de mayo de 1924 firmaron un acuerdo para establecer un gobierno provisional encabezado por el general Vicente Tosta (1924-1925), hasta que tuvieran lugar nuevas elecciones. Se asentaba también que las figuras de los partidos Liberal y Nacional que hubieran participado en la guerra civil quedarían excluidas de las elecciones presidenciales.

En las elecciones de 1924 Carías, portaestandarte del Partido Nacional, gustosamente aceptó los acuerdos de Amapala. Tenía dos razones especiales para no entrar en desacuerdo con las condiciones del tratado. En primer lugar, estaba ansioso de mostrar a Washington su deseo de cooperar para darle un final pacífico a la guerra civil, y así ganar su apoyo para futuras elecciones. En segundo lugar, el candidato a la Vicepresidencia, el doctor Miguel Paz Barahona, había sido electo para un periodo de cuatro años, a partir de febrero de 1925, situación que tenía contento a Carías Andino, pues le abría la posibilidad de tener a sus partidarios en varios puestos ministeriales, incluyendo la Suprema Corte, posiciones que en el futuro fortalecerían su propia posición política. Por tanto, dos principios básicos en cuanto a política externa, que guardaría posteriormente durante su gestión como presidente, fueron ganar el apoyo total e incondicional de Estados Unidos y mantener la paz con sus vecinos centroamericanos.

Tiburcio Carías Andino encontró la colaboración con Paz Barahona a la medida de sus planes. La administración se encargó de asuntos de especial interés para él, tales como reducir la deuda interna y externa del país, balancear el presupuesto y reestructurar el Tribunal Supremo de Cuentas, cuya función era velar por los costos, gastos e ingresos. De hecho, era principalmente responsable de la legislación que enumeraba los deberes y responsabilidades de la Oficina de Cuentas, con miras a dar más autoridad ejecutiva a los asuntos de presupuesto.

La administración de Paz Barahona demostró una relativa justicia, al nombrar a algunos liberales para ciertos puestos. Su promesa de no aspirar a otro periodo después de 1928 redujo la tensión social, conven-

ciendo a los liberales de que sus posibilidades para llegar a la Presidencia por medio de las papeletas electorales eran más altas que tomando las armas. Carías, mientras tanto, continuó consagrando parte de su tiempo y esfuerzo a organizar el Partido Nacional en todos los departamentos. En esta ocasión puso en pie, con personas que le eran leales, una organización política en cada área del país y dirigió en 1926 una campaña en el Congreso, la cual le permitió aumentar la presencia de su partido en el Legislativo, con miras a volverse a lanzar para la contienda presidencial en 1928. Otros candidatos interesados en la ocupación de la Presidencia fueron el general Vicente Tosta, quien en algún momento estuvo a la cabeza del Partido Independiente Republicano; el doctor Vicente Mejía Colindres, liberal, y el doctor José María Ochoa Velásquez, un político desconocido. Quince días antes de las elecciones de 1928 todos los liberales decidieron apoyar a Mejía Colindres, haciendo la competencia más dura para Carías Andino.

Las elecciones celebradas en octubre de 1928 dieron la victoria a Mejía Colindres con 62,319 votos a favor, contra 47,945 otorgados a Carías, quien aceptó la derrota, comprometiéndose a cooperar con el nuevo presidente en relación con los asuntos críticos de la economía.⁵ En 1930 fue elegido para el Congreso y, debido a que su partido tenía la mayoría, se convirtió en presidente del mismo.

Las consecuencias provocadas por la depresión económica mundial de 1929 causaron en la administración de Mejía Colindres problemas financieros críticos que comenzaron a salir a flote, a medida que el déficit gubernamental aumentaba y se cubría con préstamos de emergencia. A pesar de la crisis económica y fiscal Carías, usando el poder de su cargo, pudo otorgar puestos diplomáticos, nombramientos en la Corte Suprema y el Tribunal de Cuentas y, por supuesto, designar a leales correligionarios en las bancadas claves del Congreso. Basó sus objetivos en

⁵ Habiendo ganado la nominación de su partido, Carías tuvo que enfrentar una contenciosa y candente campaña. Los editores de los principales periódicos, tratando de descarrilar su candidatura, propusieron que los representantes de cada partido (Nacional, Liberal y el Independiente Republicano) se reunieran para escoger un candidato, sin pasar por ninguna contienda. Los diarios argüían que la guerra civil era endémica, a tal punto que aparecería nuevamente durante las elecciones. Carías vio esto como una maniobra para negarle la Presidencia.

la lealtad de sus aliados políticos de las elecciones de 1924 y 1928, para encaminar sus esfuerzos hacia las votaciones de 1932.

El opositor a Carías en el Partido Liberal, Ángel Zúñiga Huete, brillante abogado y eficaz orador, aceptó en 1928 un puesto diplomático en Nicaragua, dejando el partido en manos del presidente Mejía Colindres, quien no ejercía importante influencia en los miembros del mismo. A esto se sumó una aprobación secreta para que los consorcios bananeros, la United y la Standard Fruit, hicieran uso de las aguas nacionales sin pagar impuestos o tarifas. Este paso suplementario creó antagonismos entre los liberales, dividió al partido y provocó alzamientos militares, al tiempo que se acercaban las elecciones de 1932. La crisis política al interior del gobierno, el desempleo en gran escala y una creciente deuda externa contribuyeron para que Mejía Colindres perdiera el apoyo de su partido.

Antes de las elecciones de octubre de 1932 varios comandantes de Armas del Partido Liberal, presionados por los líderes del Partido Nacional, renunciaron a sus puestos y fueron reemplazados por gente de Carías. El balance entre el poder militar y político gradualmente llegó a estar a su mando a inicios del otoño de 1932. Recurrió a la popularidad que mantenía el ex presidente Miguel Paz Barahona, prometiendo en sus discursos de campaña que su administración sería una continuación de las políticas gubernamentales de su antecesor. A lo anterior se sumó el deseo de Estados Unidos por la victoria de Carías, pues la legación de Washington en Tegucigalpa veía la campaña rebelde del antiyanqui Augusto César Sandino en Nicaragua como una posible alianza para el liberal Zúñiga Huete, cuyo partido atacó las compañías fruteras estadounidenses. Diplomáticos yanquis informaron desde Honduras que estas elecciones acelerarían en la región los "sentimientos radicales" del antiamericanismo.

Para ese año, en una población total de de 900,000 habitantes, el Partido Nacional había estado haciendo constante proselitismo y organizando una sección representativa de personas desde 1924, especialmente formada por grandes y pequeños terratenientes y comerciantes de grandes ciudades como Tegucigalpa, San Pedro Sula, Puerto Cortés y Tela. Carías, con la ayuda de sus antiguos aliados y su constante llamado a la paz y al orden, fue elegido presidente el 28 de octubre de 1932 con 20,000 votos de mayoría, dándole oportunidad de escoger diputados para el Congreso en 14 de los 17 departamentos.

Tiburcio Carías Andino trabajaría en centralizar su administración y, al mismo tiempo, continuaría fortaleciendo a su partido en el ámbito local. Él, como producto de su pasado, en donde la política del personalismo político regional y el viejo liberalismo representaban el partido del progreso a finales del siglo XIX, poseía el instinto para vincular el poder en el campo con el de las principales ciudades. Su elección como presidente era una promesa de lo que haría, pero sería necesario talento, capacidad y poder de persuasión, inclusive el uso de la fuerza bruta, para alcanzar el orden y la paz. Sin embargo, su plan detallado para gobernar en 1933 no fue capaz de prever la transformación de la sociedad hondureña. Su objetivo era crear responsabilidad fiscal y construir infraestructura que potenciara el intercambio y el comercio. La gente estaba deseosa de ser parte de un gobierno que formara estratos con oficios y profesiones y que expresara colectivamente sus intereses y visiones pero, sobre todo, que no fomentara la democracia representativa individual.

Carías Andino era un líder personalista cuya persuasión, intimidación y fuerza fomentaron una lealtad a su régimen caracterizada por el orden, la estabilidad y la unicidad autoproclamada como jefe, tanto del gobierno como de la nación, temas sagrados de un régimen que anhelaba ganarse el respeto de sus vecinos y las espléndidas dádivas de Estados Unidos, con el fin de alcanzar estatura y prestigio en el país, así como ingresos por el comercio con el exterior. Creía que para alcanzar estos objetivos era necesaria una administración cauta, ordenada, controlada, y declaraba constantemente que “la paz engendraba el orden, el orden la seguridad, la seguridad facilitaba el trabajo y el trabajo creaba progreso”.

La transición de la administración le representó serias dificultades, por lo que estableció una Fuerza Nacional Policial con unidades montadas, para terminar con la resistencia al poco tiempo de tomar su cargo e iniciar la pacificación del país. Constituyó su régimen con un núcleo secreto de personas leales, capaces de brindar los conocimientos administrativos necesarios para que sus directrices alcanzasen siempre a los funcionarios del gabinete, y así tener controlados también a los políticos subalternos en los departamentos remotos del país.⁶ Cómo extender su

⁶ La Policía Nacional era la única institución paramilitar centralizada capaz de terminar con los levantamientos de las milicias locales; controlaba a la población civil me-

poder se convirtió entonces en una preocupación prioritaria; puesto que su experiencia política como militar se había dado en el campo, él conocía perfectamente las fortalezas y debilidades de estos jefes, lo cual le permitió manipularlos y, finalmente, dominarlos.

Tal como muchos de los dictadores contemporáneos en América Latina, Carías se enfrentó al dilema fundamental de cómo prolongar su mandato más allá de los límites constitucionales, y seguir manteniendo su legitimidad. Una cosa era que el Partido Nacional proclamara la extensión del término presidencial y otra que encontrara una justificación clara y una base legal para tal decisión. La Constitución de 1924 y la anterior de 1894 prohibían las reelecciones de los jefes del Ejecutivo. Inclusive él, como presidente del Congreso en 1928, había exaltado las virtudes de la Constitución, llamando a elecciones como la manera legal para transferir el poder presidencial. La opción que consideró más apropiada fue el continuismo, a través de enmiendas a la Constitución.

En 1935 el Partido Nacional convocó a asamblea a toda su organización y se embarcó en una campaña, con el fin de cambiar la estipulación de un sólo término. Carías y sus partidarios ofrecían tres razones para dicha enmienda: la necesidad de reorganizar la estructura administrativa del Estado, lidiar con la crisis económica y resolver los asuntos de seguridad, tales como la creciente amenaza de la Alemania nazi. El partido se preparó para movilizar al público y cultivar el apoyo al presidente a lo largo y ancho del país. Su premisa básica era que si el pueblo lo deseaba, si el país quería que Carías extendiera su mandato enmendando la Constitución, entonces era su deber y responsabilidad responder a dicha demanda.

Carías Andino, deseoso de estar a la altura del panorama político contemporáneo de América Central, región de dictadores, consideró que el continuismo era el mejor camino. Por ello buscó el apoyo de sus vecinos, Jorge Ubico, de Guatemala, quien pensaba que sería más fácil lidiar con un régimen de similar naturaleza en Honduras; Maximiliano Hernández Martínez, de El Salvador, y Anastasio Somoza, de Nicaragua, le

dianete el encarcelamiento, la ejecución o el exilio de sus oponentes. También protegía las fronteras y prevenía que los grupos exiliados regresaran al país; fue esencialmente el único elemento nacional de seguridad efectivo hasta mediados de la década de 1940.

ofrecieron apoyo incondicional, al igual que el gobierno de Washington y la iglesia católica, encabezada por el papa Pío XI, quien a través de su nuncio papal le hizo llegar una larga carta, felicitándolo por su amplio respaldo.

Los diputados del Partido Nacional, figuras predominantes en el gobierno caríista, pusieron manos a la obra en la elaboración de un documento que contenía todo lo que para ellos debilitaba y fragilizaba la Constitución de 1924, en lo concerniente al manejo de los asuntos públicos.⁷ La nueva Constitución se convirtió en una mezcla del liberalismo de finales del siglo XIX, en que se hacía un llamado a la paz, al orden interno, a la libertad dentro de la ley, y una postura más activa e intervencionista en los asuntos económicos. Recurriendo a las raíces del centralismo iberoamericano, la Constitución modificada reconocía el poder de las ramas separadas del gobierno, Ejecutivo, Legislativo y Judicial, pero establecía que debían estar subordinadas a la voluntad general, determinada y definida por el presidente. En 1940 la tarea del Congreso, ya completamente dominado por el Partido Nacional, fue decretar que Carías gobernaría hasta 1949, nombrándolo “benefactor y reformador de Honduras”. Su rival liberal, Ángel Zúñiga Huete, permaneció en el exilio.

A diferencia de otros movimientos centroamericanos en contra de los dictadores a mediados de los años cuarenta, la oposición al régimen de Carías fue inefectiva. Sin una sólida clase dirigente y con el Partido Liberal escindido en facciones dentro y fuera del país, Carías se convirtió en mejor estrategia que sus contrincantes. Sus destrezas políticas como veterano —durante décadas— en organizaciones locales y en el Partido Nacional, hicieron de él un adversario único. Sin embargo, el 28 de mayo de 1944, trescientas mujeres vestidas de negro, encabezadas por Emma Bonilla, hija del ex presidente Policarpo Bonilla; María Marta Zúñiga, hija del líder de la oposición Ángel Zúñiga Huete, exiliado en esos momentos, y la galardonada poeta Argentina Díaz, desfilaron frente al Palacio presidencial exigiendo que se liberara a los presos políticos, que se pusiera fin al encarcelamiento, la matanza y el exilio de los oponentes

⁷ Tres diputados del Partido Nacional, Rómulo Carvajal, Mariano Bertrand y Venancio Callejas, criticaron abiertamente el cambio propuesto, por ello fueron en definitiva echados fuera del Congreso y mandados al exilio.

al régimen; demandaron también el derecho de las mujeres al voto, el derecho a la prensa libre y el permiso para que los exiliados volvieran al país. Las pancartas pedían la renuncia de Carías.

La respuesta del presidente reflejó una vez más la forma en que su régimen había manejado este tipo de situaciones. Barrió con la manifestación, dispersó a los opositores y luego encarceló o exilió a los activistas más extremos; los liberales que permanecieron en Honduras sufrieron arresto domiciliario. El descontento de los hondureños se hizo patente en la organización de asociaciones revolucionarias, frentes democráticos y partidos. En 1946 se organizó en Tegucigalpa y San Pedro Sula el Partido Democrático Revolucionario Hondureño, ala radical del Partido Liberal, y en Guatemala, formado por los exiliados, el Frente Democrático Revolucionario Hondureño, con comités en Costa Rica, El Salvador y la ciudad de México; todos trabajarían con la firme idea de dismantelar la dictadura de Carías.

RAFAEL HELIODORO VALLE, MILITANCIA POLÍTICA

Durante la década de los treinta, los dos partidos tradicionales de Honduras, el Liberal y el Nacional, le merecieron a Rafael Heliodoro Valle⁸ la misma opinión pues —según él— ambos hacían los mismos juramentos, pero cometían idénticos desmanes. En este juicio Valle no se equivocaba, ya que al día siguiente de que cada uno de ellos lograba un número superior de votos, los comités imponían a su capricho reformas a la Constitución, o flamantes leyes que los beneficiaran como partido, burlándose de

⁸ Poeta, historiador, bibliógrafo, periodista y escritor; nació en Comayagüela, Honduras (1891) y murió en la ciudad de México (1959). Afincado en México desde 1907, fue profesor en la UNAM, embajador de Honduras en Washington, doctor en ciencias históricas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Honduras, delegado de su país en el Congreso Científico Panamericano de Lima, y redactor del diario mexicano *Excelsior*. Recibió el Premio Cabott como periodista continental de América y fue correspondiente de la Academia Española de la Lengua. Su producción comprende obras históricas, ensayos, libros de poemas, bibliografías y trabajos hemerográficos. Su colección documental, bibliográfica, hemerográfica y fotográfica se encuentra depositada en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México, y es considerada una de las más ricas en temas centroamericanos.

la Carta Magna. En el Congreso ponían a su disposición los recursos del erario, y en los asuntos financieros sólo procuraban su beneficio propio. Por las razones expuestas, Valle se había abstenido de participar abiertamente en cualquier contienda política hondureña. Sin embargo, en 1932 decidió expresar su adhesión al liberal, licenciado José Ángel Zúñiga Huete, quien entraría a la contienda electoral contra el abanderado del Partido Nacional, Tiburcio Carías Andino. En carta dirigida a quien había sido su compañero de estudios en la Escuela Normal de Varones de Tegucigalpa, Valle le expresaba:

Mi distinguido amigo: Apenas tuve noticia de su candidatura presidencial decidí romper mi propósito de abstención en la política de Honduras, habiendo firmado el manifiesto en que un grupo de mis compatriotas acaba de postularlo. Su cultura, su valor a toda prueba, su honradez y, sobre todo, su moderna visión de los problemas de Honduras son plenas garantías para los que deseamos ver una patria nueva que se incorpore al movimiento renovador del mundo. Le siguen desde aquí mis votos más cordiales para su triunfo.⁹

A pesar de que Zúñiga Huete hizo campaña en persona por todo el país, logrando llamar la atención de la opinión pública, el general Carías Andino alcanzó la Presidencia. Las denuncias públicas de los miembros del Partido Liberal y los ciudadanos simpatizantes de Zúñiga Huete se unieron a la total inconformidad nacional hasta provocar una revuelta que, durante varios meses, conmovió al país y lo sumió en un río de sangre. Muchas familias se desintegraron porque algunos de sus miembros, militantes liberales, debieron expatriarse, entre ellos el propio Zúñiga Huete, quien tuvo que radicar en Guatemala.

Durante 1942 en Honduras era unánime la opinión de que el partido político en el poder había perdido la confianza popular. En todas partes prevalecía un descontento ostensible y creciente, que se multiplicó cuando los miembros a la cabeza del régimen revelaron su propósito de retener el poder durante 99 años. En virtud de ello, el Partido Liberal en

⁹ Fondo Rafael Heliodoro Valle, correspondencia personal, Biblioteca Nacional de México.

el exilio consideró que la emigración hondureña debía agruparse en cada uno de los países donde residía, formando organismos que trabajarían en perfecto acuerdo, con la finalidad de derrocar al gobierno dictatorial de Carías Andino.

Conforme a esa premisa, el 4 de enero de 1943 se fundó en la capital mexicana la Unión Democrática Centroamericana, agrupación que declaró que más de 5 mil desterrados y centenares de prisioneros políticos formaban el balance, hasta ese momento, de las dictaduras centroamericanas, a pesar de que éstas se pronunciaban fervientes partidarias de la democracia. Como parte de las actividades de proselitismo, el gremio mencionado lanzó una publicación oficial titulada *Centro América Libre*, en la que colaboraron regularmente Vicente Sáenz, Rafael Heliodoro Valle, Mauricio Magdaleno, Alfonso Reyes y Clemente Marroquín, entre otros.¹⁰

El licenciado José Ángel Zúñiga Huete, otrora contendiente de Carías Andino y residente en México, invitó a Rafael Heliodoro Valle a formar parte de esta agrupación en los siguientes términos: "Usted se encuentra entre los que podrían realizar una misión salvadora de Honduras, creo que es usted uno de los hondureños de talla y de mérito capaz de sentar cátedra de patriotismo en momentos tan difíciles para la nación".¹¹

El Consejo Ejecutivo de la Unión Democrática Centroamericana quedó formado por las siguientes personalidades: doctor José Prado Romaña, profesor Vicente Sáenz, coronel José Asensio Menéndez, licenciado Jorge García Granados, doctor Francisco Lino Oseguera, escritor Alfonso Guillén Zelaya, profesor Raúl Cordero Amador, escritor Francisco Zamora, doctor Ricardo D. Alduvín, doctor Pedro José Zepeda, profesor Rafael Heliodoro Valle, doctor Manuel Flores, escritor Luis Cardoza y Aragón, doctora Concepción Palacios, señora Claudia Lars, licenciado Juan José Meza, señor Juan José Laboriel, señor Humberto Herradora, doctor Gregorio Rodríguez, señor Max Tejeda, doctor Antonio Miralda Santos y licenciado Miguel Prado Solares.

¹⁰ En la sección hemerográfica del Fondo Rafael Heliodoro Valle existen 10 números de la revista *Centro América Libre*, correspondientes a los meses de enero a octubre de 1944.

¹¹ Fondo Rafael Heliodoro Valle, correspondencia personal, Biblioteca Nacional de México.

El desarrollo de los acontecimientos políticos en Honduras indujo a Valle a propugnar activamente un cambio de gobierno beneficioso para su país. Sin embargo, dio el paso definitivo cuando recibió de Zúñiga Huete una nota con la lista de los reos políticos que colmaban las cárceles de Honduras, esto como una prueba más de las acciones en expansión de la dictadura encabezada por Tiburcio Carías Andino.

En la relación enviada había nombres por demás conocidos de Valle: antiguos colaboradores, amigos y gente vinculada a él de diversas maneras. Ante semejante arbitrariedad, aceptó intervenir lo más vivamente que pudo mediante las reuniones de la Unión Democrática Centroamericana. Si bien los hondureños expatriados en México eran discretos al principio, conforme consiguieron apoyo para su movimiento se pusieron en contacto con sus similares de Guatemala, El Salvador y Nicaragua, para conformar un solo frente con objetivos y necesidades comunes.

El prestigio de Valle como intelectual cumplió un papel sumamente importante en ese movimiento, pues gracias a sus relaciones y amistad con destacadas personalidades hispanoamericanas logró apoyo y simpatía para la causa hondureña y, consciente de sus posibilidades, aprovechó todos los foros donde estuvo presente para hablar de la situación de Centroamérica, y en especial de su país.

El movimiento pro Centroamérica abandonó entonces la clandestinidad para empezar a ser noticia en los principales periódicos latinoamericanos. La primera resolución que tomó fue la de pedir que se pusiera inmediatamente en libertad a los presos políticos encerrados en las cárceles de Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua, muchas veces sin haberseles formado procesos y sometiéndolos a las más brutales vejaciones.

La Unión Democrática Centroamericana despertó en un buen número de centroamericanos un sueño acariciado durante casi un siglo: el de reorganizar la República de Centroamérica. La idea seguía teniendo innumerables partidarios, sobre todo en El Salvador y Honduras, ya que habían sido los países más unionistas. Valle consideraba propicia a la unión centroamericana la unificación de las aduanas, la supresión de los pasaportes, la construcción de vías de comunicación para facilitar las transacciones comerciales y los conocimientos de pueblo a pueblo. Lamentablemente, las condiciones políticas dictatoriales de Centroamérica en esos momentos impidieron la confederación anhelada.

En paralelo al establecimiento de la Unión Democrática Centroamericana, se creó en México el Comité Liberal Demócrata de Honduras, cuyo objetivo principal era la organización de los hondureños dentro y fuera de su patria, para evitar que Carías Andino siguiese ocupando la Presidencia por tiempo indefinido y, de ser posible, hacer llegar al poder al Partido Liberal hondureño.

En 1944 se nombró presidente de ese comité al licenciado Ángel Zúñiga Huete, quien invitó a Valle a formar parte de la agrupación, designándolo vocal de la directiva. El rápido desenvolvimiento de los acontecimientos en Honduras obligó a los miembros del Comité, y en especial a Valle, a poner en juego toda su inteligencia en beneficio de su país. Había que trabajar con ahínco para lograr una entera conciliación entre todos los elementos revolucionarios de aquella entidad centroamericana.

Durante junio de 1944 los dirigentes del Comité Liberal entraron en contacto con los residentes en Honduras leales a la causa liberal, para que conocieran el programa mínimo de la revolución, y alentaron a su gente a esperar la orden de levantarse en armas. Mientras tanto, Valle aprovechó todas sus relaciones y amistades para ganar adeptos, sensibilizarlos a la causa hondureña y, en caso necesario, solicitarles apoyo. Su inteligencia, preparación y nexos lo ponían a la cabeza de los prescindibles, en caso de que el Partido Liberal derrocaria a Carías Andino.

En el mes de agosto, Rafael Heliodoro Valle, como presidente del Comité Liberal de Honduras, en ausencia de Zúñiga Huete,¹² viajó a Guatemala y El Salvador, con la seguridad de que su reputación intelectual y sus conocimientos en asuntos diplomáticos serían la mejor carta de presentación del Partido Liberal para obtener el apoyo de los países centroamericanos vecinos de Honduras, luego de haberlos convencido de la validez de su causa. En ambos países firmó pactos de ayuda mutua a favor de Honduras; en Guatemala también recabó dinero para la causa y compró armas.

¹² El 8 de julio de 1944 la situación se agravó en Honduras. Valle recibió noticias de que había resistencia pasiva y encuentros con la policía en cuatro ciudades. Ante los sucesos, se hizo indispensable que el presidente del Comité Liberal, Zúñiga Huete, fuera a Washington a exponer el caso de Honduras y, de ser posible, solicitar ayuda a las autoridades estadounidenses para evitar más derramamientos de sangre.

En mayo de 1945 Valle se encontraba en Costa Rica cumpliendo una serie de compromisos académicos en el Instituto Costarricense Mexicano de Relaciones Culturales. Enterados de su estancia en esa nación, un grupo de hondureños viajó allá para pedirle que los acompañara a Tegucigalpa, hiciera lo posible por gestionar una entrevista con Carías Andino y le solicitara rectificar su conducta opresora y los constantes encarcelamientos.

Rafael Heliodoro Valle se entrevistó dos veces con el presidente hondureño. Al cabo de tres horas de charla total, obtuvo la promesa de Carías Andino de que pondría en libertad a los presos políticos, compromiso que cumplió días después. La impresión que el mandatario tuvo de Valle fue, sin lugar a dudas, sumamente positiva, a juzgar por las continuas invitaciones que empezó a hacerle para que colaborara en su gobierno, entre otras, la de ocupar el cargo de embajador de Honduras en México.

Valle, considerando que era una estupenda coyuntura para seguir sirviendo a su país en un plano de verdadera conciliación, y que él era quien más podía contribuir en tal sentido, decidió entrevistarse con sus coterráneos residentes en México, algunos de ellos miembros de la Unión Democrática Centroamericana y del Comité Liberal Demócrata de Honduras, y otros, con los que se podía llegar a un acuerdo de trabajar unidos por la reconciliación, luchar por hacer a un lado el caudillaje y formular un plan reconstructivo ante la miseria y el terror imperantes en Honduras. Consciente de que todos sus compatriotas, sin importar su bando, deseaban hondas transformaciones en su país, manifestó también que, durante su corta estancia en él, se le había acercado un buen número de personas a asegurarle que lo consideraban el más indicado para emprender una transición verdadera, sustancial y pacífica.

El 31 de mayo Valle recibió la invitación de un grupo de hondureños exiliados en Guatemala para fundar en México una filial del Frente Democrático Revolucionario Hondureño; el mismo grupo exhortaba a Valle a viajar a Guatemala para conocer sus planes y organización. En junio se creaba en México la filial del frente enunciado, a través del cual países como Nicaragua, El Salvador y Guatemala trabajarían conjuntamente para sentar las bases de una unión progresiva de Centroamérica. Los primeros pasos consistirían en suprimir de manera paulatina pasaportes, aduanas y tarifas, y en construir comunicaciones comunes.

Aunque el plan era vasto, significaba una importante tentativa para llegar a la unidad política, diferente de todo lo que se había emprendido desde hacía más de un siglo. Valle, ante la actitud represiva de Carías Andino, en la que permanecía inamovible, le comunicó que aceptaría su ofrecimiento como embajador en México sólo en el caso de que hubiera reformas favorables en Honduras. En espera de la respuesta, aprovechó el momento para viajar a Guatemala y entrevistarse con los exiliados hondureños, con los directivos de todos los frentes pro Honduras y con el presidente doctor Juan José Arévalo.

Los esfuerzos de Valle por destrabar la situación hondureña empezaron a dar resultados. En septiembre le confirmaron que se preparaba en Guatemala un movimiento armado contra Carías, que habría de estallar en noviembre. No es de extrañar que la información llegara también a oídos del dictador hondureño; por ello, y por considerar a Valle pieza clave, Carías le reiteró la propuesta de colaborar en su gobierno. La ruptura entre el gobierno de Honduras y el de Guatemala en octubre determinó la negativa de Rafael Heliodoro Valle respecto del ofrecimiento de colaboración con el gobierno de Honduras.

El cese de las relaciones diplomáticas entre Guatemala y Honduras hacía a éste más vulnerable ante cualquier ataque, y lo aislaba más dentro del contexto centroamericano. Quizá como una muestra de buena voluntad, Carías Andino volvió a poner en libertad a varios reos políticos y, con afán de ablandar la situación de Honduras, declaró al diario *La Época*, de Tegucigalpa, que no pensaba permanecer en el poder más allá de 1949, año en que terminaba su periodo en turno. Durante los primeros días de 1946 fue aflojando la tensión en que tenía sumido al país y prácticamente todos los presos políticos ya habían recobrado su libertad, lo que de alguna manera permitió también que la prisa por derrocarlo cediera un poco.

En marzo algunos periódicos hondureños, suspendidos por atacar al dictador, volvieron a circular; a través de ellos un gran sector de maestros y escritores se manifestó, mencionando a Valle como posible candidato cuando Carías Andino dejara la Presidencia en 1949. Aprovechando algunos días de vacaciones, la primera semana de abril Valle viajó a Tegucigalpa. En una misiva enviada a su esposa Emilia, le comentaba que habiéndose hospedado en la Embajada de Guatemala, había sido objeto

de toda clase de agasajos por parte de diversas personalidades, desde el nuncio apostólico monseñor Lunardi hasta el encargado de negocios de Estados Unidos de América. Carías Andino aprovechó la estancia de su coterráneo para cambiar impresiones acerca del futuro de la nación. De la entrevista con él, Valle comentó que había percibido en su postura un sentimiento de omnipotencia, y consideraba que antes de 1947 no habría convocatoria a elecciones.

La presencia de Valle en Honduras le acarreó algunas dificultades, porque gran cantidad de gente, en su mayoría jóvenes, pretendió comprometerlo para que participara en la lucha electoral de 1947 y 1948, con tal entusiasmo que ya habían organizado dos grupos que trabajarían por su candidatura: uno en San Pedro Sula, la ciudad comercial de Honduras, y otro en la capital, Tegucigalpa.

Convencieron a Rafael Heliodoro de que impartiera conferencias y, ante la insistencia de los jóvenes, dictó algunas sobre la revaloración de la vida política hondureña. Como resultado, no faltó quien le pidiera que lanzara el grito de rebelión, que secundarían inmediatamente. Valle recibió muestras de reconocimiento a su trabajo intelectual y un trato distinguido de Carías, pues lo invitó a varios paseos y a su finca, localizada fuera de la capital.

La prensa hondureña y la mexicana anunciaron el viaje de Valle y aseguraron que era ya el candidato presidencial de Honduras. Su última visita a Tegucigalpa había tenido tal resonancia en el ánimo de la juventud hondureña, decidida a luchar por un futuro mejor, que en agosto el Partido Democrático Hondureño, de reciente formación en la ciudad de San Pedro Sula, le envió su programa con la invitación de adherirse a sus postulados.

Durante 1947 recibió asimismo la invitación que le formuló el gobierno de su país para formar parte de la Misión Mexicana de Extensión Universitaria, la cual participaría en un extenso programa de actos culturales y conferencias en el trascurso del mes de enero de 1948 en su natal Honduras. La importancia que Valle asignó a esa tarea no sólo se fundó en el aspecto académico; sabía perfectamente que su presencia en Honduras serviría como detonador para que se desatara la contienda político-electoral, y efectivamente así sucedió. Como parte de la misión cultural mexicana, lo recibieron en el aeropuerto de Tegucigalpa los políticos Juan Manuel Gálvez —futuro presidente de Honduras—, el escritor

Marcos Carías Reyes, el contador Julio Lozano y el abogado Céleo Muriello Soto, todos funcionarios del gobierno dictatorial de Carías Andino.

A las reuniones con Carías Andino se sumaron las que efectuó con el doctor Juan Manuel Gálvez, quien se acercó a Valle para pedirle su opinión acerca de la situación política de Honduras y las próximas elecciones, así como un análisis sobre el cuadro político del país tal como él lo veía, trabajo que dejó verdaderamente impresionado a Valle, en especial por el enfoque que Gálvez le daba. En ese momento renunció a sus aspiraciones personales y le manifestó al doctor Gálvez todo su apoyo y su deseo de que fuera el próximo presidente.

A mediados de enero volvió a conversar con el general Tiburcio Carías Andino, quien no sólo le hizo algunas confidencias sobre la política nacional en relación con los demás países centroamericanos, sino que lo nombró miembro de la delegación hondureña que acudiría a la toma de posesión del presidente Rómulo Gallegos en Caracas, Venezuela, y representante de Honduras ante la Conferencia de Bogotá, en calidad de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario.

Rafael Heliodoro Valle, convencido de poder lograr con su participación un cambio pacífico en Honduras, aprovechó todos los foros posibles fuera de ese país para dirigir la mirada de la mayor parte de las naciones hispanoamericanas hacia el próximo cambio de poderes en Honduras, y propiciar así una presión favorable para la celebración de un proceso electoral democrático y ordenado.

En febrero, nuevamente en Tegucigalpa, fue recibido por una muchedumbre que lo obligó a ir a pie desde el puente de Guacerique hasta el Hotel Marichal, donde se hospedaría. Durante los días siguientes recibió constantes muestras de adhesión, en especial de la juventud hondureña, y aprovechó el momento para entregar al doctor Juan Manuel Gálvez el manifiesto que éste le había pedido redactar y dar a la publicidad en cuanto se postulara como candidato a la Presidencia. En la parte final del discurso, Valle había escrito lo siguiente:

Si vuestro voto me lleva a la más eminente posición de la República, en la que seré su servidor, vuestra colaboración me servirá de estímulo para llegar a donde quieren los patriotas y los pacifistas. Ya es tiempo de que se deje de creer que el gobierno debe hacerlo todo. La democracia es el

entendimiento cabal entre el gobierno y los gobernados, y sólo su entendimiento recíproco permite compartir iguales derechos y deberes. Vamos a la lucha cívica, civilizada, usando el arma del voto y teniendo cada uno la plena comprensión de este momento decisivo.¹³

Conforme pasaron los días, Valle se fue convirtiendo en pieza indispensable de los acontecimientos políticos de su natal Honduras. Lo que en un principio fue sólo un cambio de impresiones entre el intelectual hondureño y el doctor Gálvez sobre el futuro de este país centroamericano, se convirtió en asesoría permanente. Se podría decir que Valle lo fue guiando en lo que debía declarar a la prensa, en el contenido de sus manifiestos presentados al pueblo hondureño, en su conducta frente a Carías Andino y en la realización de su proyecto de país una vez ganadas las elecciones.

En misiva enviada a su asesorado le indicaba que sus manifiestos debían ser breves, sin ofrecer muchas promesas, que debía hablar de un código de trabajo e iniciar una reforma social. Le aconsejaba que en su campaña de prensa debía haber polémica, concretar hechos y, una vez electo presidente, hablar en sus discursos con firmeza, y planear viajes a El Salvador, Guatemala, México y Estados Unidos.

El 10 de mayo se publicó en Honduras el decreto legislativo que convocaba al pueblo hondureño a elecciones de autoridades supremas. Se inscribieron dos fórmulas para contender por la Presidencia: la primera, Gálvez-Lozano, y la segunda, Zúñiga Huete-Paredes Fajardo. Aquella era impulsada por el Partido Nacional, que si bien había sostenido a Carías Andino y respaldado su política continuista, ahora anhelaba la desaparición del odio y el rencor partidistas, para dar amplio margen a la perfecta conciliación de la familia hondureña y al progreso del país. En los últimos años había trabajado por una sólida organización interna que ofrecía mantener la paz y la tranquilidad públicas, perfeccionar constantemente la organización del Estado y lograr la conciliación nacional, necesidad vital de Honduras en esos momentos.

La mancuerna Zúñiga Huete-Paredes Fajardo representaba los anhelos históricos del Partido Liberal Hondureño; sin embargo, debido a su

¹³ Óscar Acosta, *Rafael Heliodoro Valle, vida y obra*. Tegucigalpa: Editorial Nuevo Continente, 1973, 203 p., p. 53.

constante desorden interno, sobre todo durante la gestión de Carías Andino, había perdido terreno y la confianza de los hondureños. Su programa de gobierno carecía de una declaración de principios lógica, y fuertes divisiones internas debilitaban al partido, cuyos miembros estaban decididos a hacerse del poder con las armas, si fuera necesario.

Conforme pasaron los meses la situación de Honduras —singularizada por la contienda electoral— mejoró, y las amenazas de los liberales de tomar el poder mediante las armas se fueron apagando. El 21 de septiembre, fecha muy cercana a los comicios, que debían celebrarse en octubre, el candidato del Partido Nacional, Juan Manuel Gálvez, le escribió a Valle pleno de optimismo por su próximo triunfo. A los pocos días Rafael Heliodoro recibió el nombramiento de embajador de Honduras en Cuba, para asistir a la toma de posesión del presidente electo Carlos Prío Socarrás.

En su viaje a Tegucigalpa para recibir las credenciales que lo acreditaban frente al gobierno cubano, Carías Andino le pidió que, mientras se encontrara en Cuba, hablara con los representantes diplomáticos de todos los países que ahí se hallaran para darles a conocer los importantes cambios que próximamente se realizarían en Honduras y, de ser posible, conseguir apoyo de sus respectivos gobiernos.

Durante los días en que Valle visitó Cuba aprovechó la presencia de los embajadores representantes de Nicaragua, Guatemala y República Dominicana, para iniciar conversaciones respecto a la petición formulada por Carías Andino en beneficio del doctor Juan Manuel Gálvez. El 10 de octubre la delegación diplomática hondureña en Cuba recibió la noticia de que la fórmula Gálvez-Lozano había ganado las elecciones a la Presidencia de Honduras.

Los embajadores latinoamericanos presentes en Cuba felicitaron a Valle, sabedores de que en ese triunfo había contado mucho su constante trabajo. De regreso a la ciudad de México le esperaba un sinfín de cartas de felicitación por su papel a favor de Honduras. Entre ellas sobresale la enviada por el destacado político hondureño Céleo Murillo Soto, donde le comunicaba que el doctor Gálvez pensaba en él para ofrecerle, a escoger, dos embajadas: la de México o la de Washington.

En los últimos días de octubre Valle recibió la invitación del presidente electo para formar parte de su gabinete como secretario de Relaciones. Declinó tal ofrecimiento, argumentando que desde fuera, como

lo había hecho hasta ese momento, podía seguir sirviendo a su país con mayor libertad y óptimos resultados. Sin embargo, manifestó a Murillo Soto su deseo de ser embajador de Honduras en Washington. El 1° de diciembre llegó a Tegucigalpa para participar en la toma de posesión del doctor Gálvez. Lo recibieron y agasajaron gran cantidad de hondureños, que le agradecieron su labor a favor del bienestar del país, en especial el embajador mexicano Alfonso Teja Zabre.

El presidente Gálvez lo nombró enseguida delegado coordinador de la Secretaría de Relaciones, para atender a las personalidades políticas y embajadores invitados a la ceremonia de la toma de posesión. Desde la llegada de Valle, el nuevo mandatario se convirtió en su inseparable compañero. Rafael Heliodoro participó en todos los actos políticos, recepciones, invitaciones y paseos, gracias a lo cual pudo conversar profundamente con Gálvez sobre la situación de Honduras; le sugirió nombres de colaboradores que le ayudarían a reconstruir la nación y llevar a efecto los programas de educación y bienestar social para los hondureños.

Valle, como anfitrión, organizó los actos culturales, mostró las bellezas de Honduras e interrelacionó a todas las delegaciones extranjeras, comprometiéndolas a colaborar con el nuevo régimen en beneficio de este país centroamericano. Si entre sus expectativas de los últimos años el quehacer político no estaba previsto, con la actuación realizada no quedaba duda de que era un político en toda la extensión de la palabra, y si político significaba también dar a conocer a su país bajo los mejores prismas, representarlo con dignidad y soberanía, Rafael Heliodoro Valle era el mejor de los políticos. Mucho le debían sus compatriotas por haber coadyuvado a afianzar el respeto internacional hacia su patria.

A petición del doctor Gálvez, Valle permaneció en Honduras hasta febrero de 1949. Durante ese lapso restableció los vínculos de la prensa hondureña con las agencias de noticias extranjeras, y conformó su equipo de colaboradores en la Embajada de Washington. Trabajó también con el nuevo gabinete presidencial en la fundación de la Oficina Hondureña de Cooperación Intelectual y en la canalización de ayuda pecuniaria del gobierno a la Academia Hondureña de la Lengua.

El 2 de febrero, el doctor Gálvez firmó el nombramiento de Valle como embajador de Honduras en Washington y el día 5, después de haber recibido las últimas instrucciones, se despidió del mandatario. Al día

siguiente regresó a la ciudad de México, en donde se consagró a la tarea de despachar asuntos pendientes y preparar su traslado a Washington.

DESEMPEÑO POLÍTICO COMO EMBAJADOR

Los hombres de letras hondureños y todos los amigos de Valle en América recibieron con beneplácito su designación como embajador extraordinario y plenipotenciario de Honduras ante el gobierno de Estados Unidos. En compañía de su esposa, la historiadora peruana Emilia Romero, abandonó su casa de San Pedro de los Pinos en la ciudad de México y se trasladó a la residencia de la representación diplomática de Honduras en Washington el 1º de marzo. Días antes de su salida, el presidente Miguel Alemán lo había recibido en la residencia oficial de Los Pinos para felicitarlo por su nombramiento y recordar juntos la época en que el mandatario había sido su alumno en la Escuela Nacional Preparatoria. La primera actividad oficial de Valle consistió en poner en marcha la maquinaria epistolar de la Embajada y empaparse de los asuntos más relevantes que exigían inmediata atención. Como lo había hecho 30 años antes, al desempeñar tareas consulares en Belice, Alabama y Washington, organizó sus actividades de tal manera que le quedara tiempo para realizar investigaciones en la Biblioteca del Congreso y en la de la Unión Panamericana.

Gracias a su reconocida labor cultural en pro de Hispanoamérica, las invitaciones para impartir conferencias no se hicieron esperar. Ofreció las primeras en la American University, la Hispanic Foundation, la Unión Panamericana, la Georgetown University y la Catholic University; en todas disertó sobre nacionalismo, democracia en América Latina y cultura hispanoamericana. En atención a sus conocimientos, se le nombró consejero de los programas de estudio concernientes a cualquier temática humanística relacionada con Latinoamérica.

A través de sus entrevistas con el presidente Harry S. Truman, Valle impulsó el programa del presidente Gálvez y comprometió al mandatario estadounidense en programas de ayuda técnica para satisfacer, entre otras necesidades, la de la Carretera Panamericana en Honduras. A partir de estas reuniones oficializó las entrevistas protocolarias con otras embajadas,

para impulsar una política sólida de colaboración y ayuda mutua en asuntos oficiales y culturales, en especial con los países centroamericanos.

La economía, la educación, el desarrollo tecnológico y el comercio exterior, así como la riqueza cultural de Honduras fueron temas de primera importancia para Valle, rubros que, a causa de tanta guerra civil generada por las dictaduras constantes, se encontraban en un alarmante estancamiento. Puso todo su empeño en buscar ayuda para mejorar esos aspectos. Para tal fin estableció relaciones y convenios permanentes, además de reforzar los ya existentes y comprometer a corporaciones como el Consejo de la Organización de las Naciones Americanas, el Consejo Interamericano Económico, la División de Asuntos Americanos y la United Fruit Company a colaborar con su país.

Debido a su esfuerzo consiguió la exportación de tubería galvanizada a la ciudad de Gracias a Dios, facilidades para despachar banano hondureño hasta Canadá, ayuda tecnológica en la construcción de la Carretera Panamericana, el tendido de una vía ferroviaria que tocara la mayor cantidad de poblados, varias becas permanentes para que destacados estudiantes hondureños realizaran estudios de especialización en las principales universidades estadounidenses, programas de colaboración en el rescate de la zona arqueológica de Copán, con objeto de difundir su atractivo turístico en Estados Unidos, y financiamiento para que el presidente Gálvez llevara a cabo su programa de vivienda popular.

Una vez formalizados los convenios para la realización de los proyectos mencionados, Valle, sin desatender los asuntos oficiales propios de su investidura, se entregó con verdadero ahínco a las actividades culturales. El 22 de mayo de 1949, con la colaboración de Ermilo Abreu Gómez, por entonces jefe de la División de Filosofía y Letras de la Unión Panamericana en Washington, y Manuel Guillermo Martínez, profesor de civilización española en la Georgetown University, fundó la Academia Iberoamericana de Letras.

En paralelo a las actividades diplomáticas oficiales, Valle recibió algunos nombramientos vinculados con ellas, para que atendiera asuntos relacionados con otros países de América Latina, entre ellos el de presidente de la Comisión de Conferencias Interamericanas de la Organización de Estados Americanos y representante de Honduras en el Consejo Interamericano Cultural.

No obstante el reconocimiento a su personalidad, preparación e inteligencia a través de las designaciones mencionadas, su angustia ante el atraso en que se encontraba Honduras y la desigual relación del gobierno de este país con el estadounidense no dejaba de aumentar. Al revisar el archivo oficial de la Embajada, se percató de que un buen número de asuntos que hubieran podido redundar a favor de su país se habían quedado en las gavetas. Después de revisar acuerdos que no se habían llevado a la práctica, decidió revitalizarlos.

Se entrevistó con secretarios de Estado, ministros y cuanta personalidad consideró provechosa para su nación. Negoció visitas de políticos estadounidenses y embajadores de otros países a Honduras; comprometió al presidente Juan Manuel Gálvez a visitar Washington, a solicitar ayuda técnica, científica y cultural; a establecer colaboraciones y firmar acuerdos. Poco a poco extendió una red de compromisos con otras naciones de América Latina, y promovió el programa de gobierno del mandatario hondureño, especialmente en lo relativo a carreteras, reforma bancaria, política económica, cultural y social. La culminación de las tareas efectuadas a favor de Honduras resultó muy gratificante. Los funcionarios estadounidenses se expresaban ante el gobierno hondureño con opiniones muy positivas respecto a la política diplomática que había emprendido Valle, y las cartas de felicitación al presidente Gálvez se sucedieron unas a otras.

Rafael Heliodoro Valle consolidó su figura como embajador gracias a su quehacer diplomático durante 1951 y 1952. Siempre pendiente de la situación económica, política y social de Honduras, atendió con esmero los asuntos necesarios para lograr el tan deseado equilibrio de ese país. Éste le debe a Valle que la deuda exterior quedara pagada, que trabajara con la Comisión de Estudios Territoriales dependiente de la Unión Panamericana, para dejar muy bien delimitadas las fronteras hondureñas, y que el gobierno estadounidense exentara de impuestos al Banco Central de Honduras.

En 1953 el fantasma de la sucesión presidencial en Honduras volvió a presentarse: el año siguiente terminaría la gestión del doctor Juan Manuel Gálvez, y en los círculos políticos empezaban a surgir ya las opiniones encontradas y cierto ambiente de desasosiego. La causa inicial de intranquilidad la constituían las declaraciones de Gálvez, según las cuales no era de su interés reelegirse, y los intentos de Tiburcio Carías Andino para recobrar el poder. Conforme pasaron los meses, la inquietud

creció. Las noticias provenientes de Honduras resonaban más fuerte en el terreno diplomático donde se movía Valle. Escuchaba opiniones de otros representantes hispanoamericanos y conocía muy de cerca el pensar y sentir de las autoridades estadounidenses.

Hacia el mes de junio recibió carta oficial del gobierno de Honduras en que se le planteaba la posibilidad de que Julio Lozano, vicepresidente entonces, fuera el candidato de transición. En octubre ya era un hecho, por declaraciones oficiales, que el doctor Juan Manuel Gálvez había resuelto no reelegirse y que empeñaría todo su esfuerzo en propiciar elecciones libres en Honduras.

El gobierno del presidente Gálvez llegaba a su fin y, hacia finales de 1954, habrían de celebrarse comicios en Honduras. Empezaba a sentirse la efervescencia electoral y, con ella, la preocupación de Valle por el futuro de su país. El peligro latente de que el dictador Carías Andino se lanzara por segunda ocasión a la contienda política por el poder había generado una fuerte zozobra y un desequilibrio notorio que se había hecho sentir, incluso, en la embajada de Honduras en Washington.

En efecto, tal como Valle funestamente lo había presentado, en febrero de 1954 se supo la noticia de que la fórmula Carías Andino-Reyes Zelaya estaba inscrita para contender por la Presidencia y Vicepresidencia de Honduras.

Como si este acontecimiento no fuera suficientemente desesperanzador, ocurrieron otros sucesos relacionados con la política exterior de Honduras, para ennegrecer aún más el panorama de este país. Entre los que llamaron poderosamente la atención internacional se contó la invasión que sufrió Guatemala el 18 de junio de 1954. Y lo peor era que esa irrupción provenía de Honduras.

De inmediato, Valle estableció los contactos adecuados en Honduras, Guatemala y el propio Washington para allegarse información de primera mano. Así pudo enterarse de que el ataque a Guatemala lo habían efectuado exiliados anticomunistas, y de que Honduras no había tomado parte en esa incursión, invocando una política de no intervención, en parte por el proceso interno de cambio de gobierno que se verificaba. Aun así, Guatemala presentó una demanda contra Honduras ante la Comisión Interamericana de Paz, con lo que de una u otra forma se afectaba la política interna hondureña.

Ante tales conflictos, y así como lo hiciera antaño, el presidente Gálvez volvió a solicitar la asesoría de Valle. El embajador de Washington, junto con el gobierno nicaragüense, pidió a la Organización de Estados Americanos que formara una comisión dedicada a examinar, en el terreno correspondiente, los hechos que Guatemala le imputaba a Honduras. Ante la Comisión Interamericana de Paz, Rafael Heliodoro Valle presentó pruebas de que no había sido una agresión de países colindantes, sino una revolución de los propios ciudadanos guatemaltecos contra su gobierno.

Controlada la situación interna en Guatemala, su gobierno retiró las demandas interpuestas contra Honduras, lo cual alivió un poco la tensión propia del periodo electoral de este país. Sin embargo, la amenaza latente de la fórmula Carías Andino-Reyes Zelaya había alterado demasiado a la población hondureña. En septiembre Valle decidió viajar a Honduras, para entrevistarse personalmente con el presidente Gálvez. En las entrevistas el mandatario le confesó que si bien había tomado toda clase de medidas, la situación del país era grave. Sin embargo, Valle pudo percatarse de que el Partido Liberal se consolidaba como verdadera fuerza de oposición a las pretensiones de Carías Andino. Al respecto, conversó con personas clave de ese organismo político y con algunos jerarcas de la iglesia hondureña, para formarse un panorama más exacto de lo que realmente sucedía en Honduras.

El 7 de octubre reemprendió sus actividades en Washington y, pendiente del resultado de los sufragios que habrían de realizarse unos cuantos días más adelante, preparó su renuncia como embajador de Honduras en la capital estadounidense, para dejar al presidente electo en libertad de elegir al futuro responsable de las tareas diplomáticas en esa metrópoli a partir de enero de 1955. Sin embargo, el 16 de noviembre Valle recibió un comunicado oficial mediante el cual se le notificaba que el todavía presidente Gálvez había delegado —por enfermedad— la Presidencia al vicepresidente Julio Lozano.

Aprovechando las circunstancias y la enfermedad del presidente Gálvez, el 6 de diciembre de 1954 Lozano dio un golpe de Estado para proclamarse “dictador constitucional”. La carrera diplomática de Rafael Heliodoro Valle llegaba a su fin, su renuncia fue aceptada por el nuevo gobierno golpista el 3 de marzo de 1955 y los primeros días de abril, acompañado de su esposa Emilia Romero, abandonaba la Embajada


para regresar a la casa que habían ocupado en San Pedro de los Pinos, en la ciudad de México, no sin antes haber recibido toda clase de agasajos y despedidas tanto de la comunidad hispanoamericana como de la intelectualidad estadounidense residente en Washington.

CONSIDERACIONES FINALES

Aunque muchos políticos hondureños no se explicaron cómo un humanista de la talla de Rafael Heliodoro Valle había sido nombrado para desempeñar el más importante cargo de la diplomacia de Honduras, el gobierno del doctor Juan Manuel Gálvez sí conocía las razones, y en ello fue muy sabio, ya que el culto hombre de letras representó a su país como nunca antes lo había hecho nadie: era un embajador de lujo que lo mismo destacaba en el Departamento de Estado que en las actividades de la Unión Panamericana, y con su brillante personalidad hacía pensar en un país de cultura superior, capaz de dar al mundo hombres con la misma preparación y talento que los suyos. Incluso sus responsabilidades diplomáticas no lo apartaron de la labor intelectual y humanista; antes bien la extendió al crear el Ateneo Americano de Washington, en cuyo seno figuraron los escritores más brillantes del continente, y dentro del cual se promovió el diálogo entre los creadores y artistas de Estados Unidos y sus homólogos de la América hispana.

Si la Cancillería de Honduras en Washington era un foco de trabajo activo, la residencia del embajador era el centro de reunión de intelectuales de toda clase, que residían en la ciudad o pasaban por ella. Con mucha frecuencia ofrecía recepciones, cumpliendo siempre y de manera estricta con el protocolo. Por ser un hombre cultivado, cuyo espíritu se había ido transformando al toque del arte y de la cultura, gustaba de congregar en torno de su mesa a los hombres dilectos, con los que podía platicar de los asuntos más diversos en conversaciones de gran refinamiento.

Los avances alcanzados por Rafael Heliodoro Valle al frente de la Embajada de Honduras en Washington fueron inmejorables. Dos años después de su salida, su nombre todavía pesaba en la plataforma política de Honduras. Su extraordinario desempeño lo ponía al frente de los embajadores de otras latitudes. Por ello, al instaurarse en Honduras la Junta

Militar de Gobierno en octubre de 1956, ésta lo designó, a través de su ministro de Relaciones Exteriores, Jorge Fidel Durón, enviado extraordinario y plenipotenciario de Honduras en Perú, distinción que Valle ya no aceptó. 

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, Óscar. *Rafael Heliodoro Valle, vida y obra*. Tegucigalpa: Editorial Nuevo Continente, 1973, 203 p.
- BARAHONA, Marvin. *Honduras en el siglo xx: una síntesis histórica*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras, 378 p.
- DODD, Thomas J. *Tiburcio Carías, retrato de un líder político hondureño*. Tegucigalpa: Instituto Hondureño de Antropología e Historia, 2008, 302 p.
- DURÓN Y GOMERO, Rómulo. *Bosquejo histórico de Honduras*. Tegucigalpa: Ministerio de Educación Pública, 1956, 324 p.
- GONZÁLEZ Y CONTRERAS, Gilberto. *El último caudillo*. México: B. Costa-Amic, Editor, 1946, 233 p.
- VALLADARES, Paulino. *Hondureños ilustres*. Tegucigalpa: Tipografía Nacional, 1972, 240 p.

DOCUMENTOS

Fondo Rafael Heliodoro Valle, Biblioteca Nacional de México, correspondencia personal en proceso de catalogación.

